

trumento de dominacion; habia fomentado la estupidez humana para explotarla: ¡la Iglesia tiene la culpa de que la religion fuese despreciada y odiada como una impostura!

II.

Era una opinion general. Voltaire tenia otro corresponsal, el filósofo á quien Federico llamaba su Anaxágoras. Nadie ménos apasionado que d'Alembert; era matemático y llevaba al estudio de las letras el rigor y la calma de las ciencias exactas. En su correspondencia con d'Alembert es donde Voltaire termina todas sus cartas con aquella frase famosa: *Aplastad á la infame*. Su amigo le responde: «*Aplastad á la inf.....*, me repetís incesantemente. Dejadle que se precipite por sí misma; lo hace más deprisa que lo que creéis. ¿Sabéis lo que dice Astruc? *No son los jansenistas los que matan á los jesuitas, sino la Enciclopedia, vive Dios, la Enciclopedia*. Bien pudiera ser así, pues ese pícaro de Astruc es como Pasquin, y á veces habla con bastante buen sentido. En cuanto á mí, que en este momento lo veo todo de color de rosa, contemplo desde aquí á los jansenistas muriendo el año que viene de muerte natural, despues de haber hecho perecer este año de muerte violenta á los jesuitas; veo la tolerancia restablecida, los protestantes reconciliados, los sacerdotes casados, la confesion abolida y la *infame* aplastada, sin que nadie lo haya echado de ver» (1).

Hasta los ungidos del Señor participaban de estas ideas. En el siglo pasado excitó poderosamente la atencion el testamento de Juan Meslier, cura de una aldea de Champagne: Voltaire se apresuró á darlo á conocer. D'Alembert, á quien lo envió, le respondió: «Me parece que en la tumba de este cura podria escribirse lo siguiente: *Aquí yace un honradísimo sacerdote, cura de aldea, que, al morir, ha pedido á Dios perdon por haber sido cristiano, demostrando de este modo que noventa y nueve borregos y un hijo de Champagne no suman cien animales*. Sospecho que el extracto de su obra es de un Suizo que entiende muy bien el frances. Es claro,

(1) Carta de 4 de Mayo de 1762 (*Obras de VOLTAIRE*, t. LXII, p. 193).

contundente y enérgico, y bendigo al autor del extracto, sea quien fuere:

C'est du Seigneur la vigne travailler (a).

(J. B. ROUSSEAU.)

» Despues de todo, mi querido filósofo, esperemos un poco de tiempo, y que sé yo si todos esos libros serán necesarios, ó si el género humano tendrá bastante entendimiento para comprender por sí mismo que tres no es igual á uno, y que el pan no es Dios. Los enemigos de la razon están haciendo en este momento la triste figura, y creo que se les puede aplicar lo que dice aquella cancion:

*Pour détruire tous ces gens là,
Tu n'avais qu'à les laisser faire*» (1) (b).

No era el cura Meslier el único ministro de Dios que abandonaba los altares de Jesucristo, sin perjuicio de seguir engañando al pueblo. Hay que dar las gracias á los que tuvieron valor para romper abiertamente con la Iglesia. Tal fué el abate Raynal. La Sorbona le censura por repetir cien y cien veces la espantosa blasfemia de que el cristianismo es la más despreciable de las supersticiones. Raynal creia, como todos los libres pensadores, que el cristianismo se moria. Creia, como Rousseau, que era necesario proclamar los principios de la religion natural y hacer de ella una ley para la sociedad civil. Como se ve, Robespierre tuvo sus precursores entre los filósofos: «La incredulidad, dice el abate, ha llegado á ser demasiado general para que se pueda esperar con algun fundamento devolver á los antiguos dogmas el ascendiente de que han disfrutado durante tantos siglos.... Seria un rasgo de prudencia por parte de los gobiernos tener un mismo código moral de religion, del cual no fuera permitido separarse, y entregar el resto á discusiones indiferentes para el reposo del mundo. Este seria el medio más seguro de matar insensiblemente el fanatismo

(a) Esto es trabajar la viña del Señor.

(1) Carta del 31 de Marzo (*Obras de VOLTAIRE*, t. LXII, p. 186 y sig.).

(b) Para destruir á todas aquellas gentes te bastaba con dejarlas obrar.

de los sacerdotes y el entusiasmo de los pueblos.... El espíritu humano está desengañado de la antigua superstición. Si no se aprovecha este momento para guiarle y traerle al imperio de la razón, la masa general de los hombres, que tiene necesidad de esperanzas y de temores, se entregará á nuevas supersticiones» (1). La intención es excelente; desgraciadamente las religiones no se decretan como las leyes. Las creencias se preparan lentamente en la conciencia de la humanidad; cuando se han madurado se formulan en religión, y la religión llega á ser el principio de una civilización nueva.

El siglo XVIII no estaba llamado á fundar una religión. ¿Cómo habían de conservar los filósofos el sentimiento religioso, cuando estaban haciendo un supremo esfuerzo para destruir el cristianismo y toda religión? No veían en las creencias religiosas más que una obra de estupidez y de engaño. Á medida que se creían más cerca de su objeto, redoblaba su ardor. No los contenía ningún respeto. ¿Podían respetar lo que no conocían? Hacía siglos circulaba una injuria entre los incrédulos, pero injuria oral; nadie se había atrevido á imprimirla. Ya en la Edad Media se acusó á Federico II, emperador de Alemania, de haber llamado impostores á Moisés, á Jesucristo y á Mahoma. Después se habló de un libro de *los tres impostores*; pero el libro no había salido á luz. Solamente en 1777 se publicó, sin indicación del lugar de la impresión, el *Tratado de los tres impostores*. Esto era la quinta esencia de la impiedad. El insulto había sido lanzado primeramente por los cristianos contra Mahoma; en la ceguedad de su celo, no veían que podía dirigirse contra todo revelador, aún contra Moisés y aún contra Jesucristo. ¿Cuál es el testimonio que comprueba la misión del legislador judío? Sus milagros; pues bien, aquellos pretendidos prodigios no son más que groseros engaños. ¿Se quiere una prueba? exclama el incrédulo. Moisés supo persuadir á los Hebreos de que Dios los conducía de noche bajo la forma de una columna de fuego, y de día bajo la forma de una nube. Pues bien: era costumbre en los desiertos tomar por guías hombres que se encargaban de conducir

(1) RAYNAL, *Historia de los establecimientos de los europeos en las Indias*, t. IX, p. 36.

á los viajeros, y que encendían un brasero, cuyo fuego guiaba durante la noche, así como el humo durante el día. Hé aquí el milagro. Moisés mismo no creía en él, por supuesto: cosa curiosa, la Escritura misma consigna su incredulidad: en efecto, nos dice que Moisés rogó á su cuñado que viniese con los Israelitas para enseñarle el camino. Hé aquí el impostor cogido en flagrante delito (1).

La vida de Jesucristo no es más que un milagro continuo desde su nacimiento hasta su resurrección. Prueba, dice el incrédulo, de que es una impostura desde el principio hasta el fin. Se hizo seguir por algunos necios, á los cuales persuadió de que el Espíritu Santo era su padre y su madre una Virgen; aquellas buenas gentes, acostumbradas á sueños y consejas, creyeron todo lo que quiso hacerles creer. Toda su historia es por el mismo estilo; es una fábula despreciable, y, lo mismo que la ley, es un tejido de sueños puestos en boga por la ignorancia, sostenidos por el interés y protegidos por la tiranía.» Los defensores del cristianismo se maravillan de que su maestro no se dirigió más que á los pobres de espíritu, de que prefería rodearse de mujeres y de niños; ven en esto un milagro. ¡Gran prodigio, ciertamente! ¿No es cosa sabida que los pobres de espíritu, los necios, son las gentes más á propósito para dar crédito y divulgar las más absurdas invenciones del fraude? «No es, pues, maravilloso que Jesucristo no tuviese filósofos en su séquito; sabía bien que su ley no podía conciliarse con el buen sentido; por esto, sin duda, declamaba tan frecuentemente contra los sabios, á los cuales excluye de su reino, en el cual no admite más que á los pobres de espíritu y á los imbéciles: los espíritus racionales deben consolarse de no tener nada que ver con insensatos» (2).

III.

Si los reveladores no son más que unos bribones, ¿qué diremos de los sacerdotes que explotan la impostura? Inspiraban á los in-

(1) *Tratado de los tres impostores*, p. 45 y sig.

(2) *Ibid.*, p. 52, 61.